V.

QUE ES LO QUE CONSTITUYE EL PRESTIGIO DE LA REVOLUCION.—DOS 89 ASOCIADOS Y OPUESTOS.—ESPLICACION DEL ENIGMA.

¿Y como, por medio de qué prestigio, de que maleficio ha conseguido la Revolucion arrojar así, una suerte funesta en Francia, empujándola todavía, despues de ochenta años de caidas y de envilecimiento, á los últimos abismos?

¡Ah! por aquello mismo que no permite todavía desesperar de la Francia, si consiguen desengañarla sus desgracias: por el sentimiento del derecho, de lo justo, de lo verdadero y de lo bueno, que se ha vuelto ó dirigido en contra del derecho, de lo justo, de lo verdadero y de lo bueno mismos; puesto que de otra suerte, no podria estraviarse á la Francia; y que es aun en todas sus humillaciones, una señal indeleble de su nobleza, que cuantos la pierden solo lo consiguen por medio de la mentira, quedando en su consecuencia manchados por el uso de esta.

La Revolucion es la gran mentira. Mírese bien á cuantos proceden de ella y se les reconocerá en esta señal que es á la vez su único recurso, al propio tiempo que su castigo.

principios eternos de toda sociedad, al poder, á Dios mismo, al *Dios término de la edad media, ha tenido que habérselas la revolucion con lo imposible y se ha insurreccionado contra las cosas*? De ningun modo. Todo lo contrario; es porque no ha emprendido con bastante resolucion esta guerra y porque no la ha llevado hasta la última abolicion... He aquí la esplicacion del libro de M. Quinet y de la revolucion en la hora en que nos hallamos.

Ya en sus doctores del siglo XVIII y en su patriarca Voltaire, no solo se practicó este procedimiento sino que se profesó cínicamente. Entonces consistia en erigirse en apostol de la tolerancia, de la justicia social y de la humanidad; porque, habiendo llegado á madurar por medio del progreso del cristianismo en las costumbres, estas máximas, iban á ser aplicadas, y convenia á la impiedad tomar la delantera, para arrebatar este honor al cristianismo. Rousseau, denunció este robo, en uno de sus momentos lúcidos de verdad: «No sé porqué, dice, se quiere atribuir al progreso de la filosofía la bella moral de nuestros libros. Esta moral tomada del Evangelio era cristiana antes de ser filosófica. El Evang-e lio es siempre firme y constante, siempre verdadero, siempre único y siempre semejante á sí mismo.» Palabras sumamente exactas. Y en efecto, no tan solo está sacada del Evanglio esta moral social, sino que no se encuentra en su verdadero centro, en su propia casa, digámoslo asi, sino es en el Evangelio, siempre *semejante á sí mismo*, en el que los dogmas, los preceptos y los ejemplos constituyen, con esta moral, un solo conjunto que se apoya mutuamente, y de que no puede separarsela sin falsearla. Asi se nos presenta en todos los doctores y los moralistas cristianos que durante diez y ocho siglos no habian cesado de predicarla, y á quien se debia, ademas de sus aplicaciones privadas, este progreso que la hizo madurar en las costumbres.

Pero al atribuírsela, el filosofismo no incurria en una simple falsedad, si me es permitido hablar así; lo que constituyó una mentira duple, odiosa y monstruosa, fue el volver ó dirigir aquella moral contra él mismo Evan-

gelio, el minar el dogma por la trinchera de la moral, el oponer el fruto al árbol, é ingertar en el ateismo ese fruto de savia tan divina, puesto que habia emanado de la sangre de un Dios.

No por esto debia ser menos fecundo; porque lo que es de Dios conserva siempre toda su fuerza, pero lo que depende solo del poder del hombre, debia convertirse de fruto de vida en fruto de muerte.

Esto es lo que sucedió, al pasar del órden de las doctrinas y de las ideas al de los acontecimientos y de los hechos.

Sin embargo, la Providencia deparó entonces á la Francia un medio supremo de salvacion, cuyo rechazo fue el crímen propio y constituyó la mentira particular, la gran mentira de la Revolucion francesa.

Si la Revolucion hubiera estallado en el reinado de Luis XV la ilusion revolucionaria hubiera podido ser excusable. Pero, además de que la Francia entera no estaba tan gangrenada como sus jefes, Dios suscitó un rey sacado expresamente de los tesoros de su sabiduría y de su bondad, para purgar la moral social del veneno de la impiedad, para recobrarla de la licencia, y para volver á reconciliarla con los principios eternos sin los cuales solo se realiza para el mal. Luis XVI fue este rey liberal, cristiano, gran político por honradez, que concedió ampliamente á la Francia todas las reformas civiles y políticas que podia desear, y que hizo brillar sobre ella una aurora de libertad, cuyo brillo es la vergüenza de toda clase de régimen revolucionario que la ha convertido en borrasca. No diré yo, como ha insinuado M. de Tocquevílle, que le faltó á esta obra de libertad el que

se verificara despóticamente; pero diré que le faltó lo que mas reclamaba, y lo que le habia rehusado enteramente la naturaleza: el *ascendiente*, *la resolucion*. Pero la Revolucion, que hubiera tomado pretesto de ello para negarla, no es menos culpable, y al condenar á Luis XVI á la gloria del martirio, se condenó á sí misma á la ignominia de la mentira.

Hoy ha vuelto á emprender por cuenta propia el juego de la filosofía del siglo XVIII, pero que hoy aparece mas tosco á la luz de sinceridad que hubiera debido frustrarlo. Háse arrogado las reformas de 1789, ella que apareció declarando que no las queria de manos de un rey, sino de la voluntad de la Francia misma. Ella ha reclamado estas reformas que no ha cesado de calificar de *conquistas suyas*, mas para formarse con ellas una arma destructora contra las condiciones vitales de toda reforma, contra los primeros principios de todo órden político y social. Ha consagrado las mas atroces de las tiranías con el nombre de *Libertad*, la omnipotencia de la canalla con el nombre de *Igualdad* y el fratricidio mismo con el nombre de *Fraternidad*. Ha ahogado la libertad en la sangre de su nodriza y ha *hecho cocer el cabritillo en la leche de su madre*.

Y este juego lo está prosiguiendo durante ochenta años. En nuestros dias se presenta siempre como revindicadora de la libertad. Con este nombre sagrado es como vende la patria, incendia las ciudades, profana nuestros altares, amenaza nuestros hogares, nos arranca nuestros hijos, disputa en el umbral religioso de nuestros allegados hasta nuestros cadáveres.

Esto es suficiente para demostrar que se vale del

juego de la Revolucion, de los que le dejan ponerse la máscara de las reformas del 89, ó de los que se la arrancan.

No puede pues decirse que no entra en la cuestion ó en el asunto de que tratamos el año 89, y que es un anacronismo comprenderlo en ella. El año 89 es precisamente lo que constituye la cuestion. Todos la promueven, todos la agitan con una fatal equivocacion. Es para nosotros la túnica envenenada de Neso, que es preciso arrancarnos á costa de nuestra misma carne, si no queremos que nos consuma enteramente. Los años 1789 y 1873 se correlacionan. Al través de todas las revoluciones que los separan, un rasgo funesto los enlaza, diré mas, los estrecha; la Revolucion; y los estrecha en razon misma de esas revoluciones, que solo son las crisis crecientes, y la mayor de las cuales se halla en vísperas de estallar. El año 89 es el enigma de la esfinge que no cesará de devorarnos mientras nosotros no nos hayamos apoderado de su secreto. Abandonarle 1789 es dejarle el beneficio de las reformas y de los progresos pertenecientes á esta fecha, de donde toma pretesto para imputarnos que somos sus enemigos, y para querer restablecer el antiguo régimen. Revindicar 89 es faltar y mentir respecto de nuestras convicciones y uncirnos nosotros mismos al carro de la Revolucion. ¿Cómo salir de esta opresora alternativa?

Hélo aquí.

El año 1789 se presta sumamente á la ambigüedad, y de aquí parten todas las equivocaciones que dividen aun á los mejores. Esto consiste en que 89 es duple. Es como Jano, *bifronte*; tiene dos caras; dos caras conformes

por una misma fecha, pero opuestas por el antagonismo de los dos principios que han luchado entre sí. Estos dos principios no son el antiguo y el nuevo régimen, no, mil veces; el antiguo régimen estaba abolido, por el movimiento espontáneo y unánime de todos, antes de estallar la revolucion. Estos dos principios, estos dos 89 opuestos, son el 89 de Luis XVI y de los poderes de los diputados, de todas las reformas y de todas las libertades civiles, políticas y nacionales que abrian á Francia un porvenir lleno de grandeza; y el 89 nefasto de la Revolucion que, celosa al verse quitar el cebo con que encubria sus detestables designios, estalló en forma de rebelion y en destruccion, emponzoñando todas estas reformas y estas libertades, y haciéndolas falaces, de verdaderas que eran antes.

Hé aquí la esplicacion del enigma, y como ha desaparecido toda ambigüedad.

Lejos pues de conservar este y de dejar que se aproveche de él la revolucion, no se debe cesar de hacerla desaparecer. Es preciso oponer el verdadero 89 al falso 89, la sinceridad á la mentira, la libertad á la revolucion. Cada vez que esta quiera cubrirse con las conquistas de 89, y que nos impute que tratamos de volver al nuevo régimen, á los diezmos, á la servidumbre feudal, á las cartas ú órdenes reales; es preciso decirle cara á cara: Mientes, y ahí está la historia para confundirte. Tú no has conquistado nada, todo estaba ya adquirido: pero tú has confiscado esas mismas libertades que dices conquistaste y que no cesas de querer arrebatarnos. El antiguo régimen no existia, y somos nosotros, antes que tú, quienes le hemos puesto término; es el mismo quien

se ha inmolado patrióticamente. Tú has venido tan solo á restablecerlo con mayor esceso, á imponernos la antigua tiranía, con todo su séquito de confiscaciones y de proscripciones, de tribunos impuros y de plebe sanguinaria, yendo á parar á su Divinidad Cesárea. ¿Qué diezmos, qué servidumbre, qué cartas órdenes equivaldran nunca á las con que tú nos has abrumado, y para colmo de ultrajes con el nombre de Libertad? ¡La libertad! ¡ah! en su nombre precisamente es como la rechazamos, tanto como en el nombre de Dios, de que es ella hija. Déjanos volver á ser un pueblo libre, que se honra con honrar á Dios. Cesa de hacer de nosotros ese pueblo apóstata del cual se ha dicho:

Pueblo cobarde, nacido
Para la vil servidumbre
Atrevido contra Dios solo...

Creo haber tratado una vez por todas la cuestion de la Revolucion.

VI.

EL LIBERALISMO: RESERVAS Y DISTINCIONES.—EL LIBERALISMO POLÍTICO Y EL LIBERALISMO DOGMÁTICO.

Queda una crítica postrera; la crítica, lo confieso, que mas me embarazará, porque sus autores cubren para mí el asunto con todos derechos que tienen á mi respetuosa estimacion, y muchos á un antiguo afecto. Tengo además la desventaja de que no se hallan todavía formadas las ideas sobre este particular, de que el error sobre él es inconsciente, animado, con frecuencia, del

mejor celo y de que en general se desconoce su importancia.

Por esto mismo es por lo que creo que debo volver á tratar de este punto. Me refiero al liberalismo.

Háme afectado, debo confesarlo, desde luego, la moderacion y casi la abnegacion que he encontrado en aquellos mismos que podian creerse mas aludidos; debo rendir homenaje á su amor por la verdad, más aun que á la manera como se la he presentado.

Esta es una razon más para mí de satisfacer el sentimiento que se han limitado á espresar, de que yo no haya templado el rigor de mi tésis con algunas reservas y distinciones.

Pero antes debo descartarme de una escepcion que otros me han opuesto.

«Reservemos nuestras buenas hojas de acero, me han dicho, para los Partos y los Persas: los ilogismos de los cristianos de buena fé no nos matarán.»

Me tomo la libertad de pensar de distinto modo: creo que los *Griegos*, aunque fuesen Arístides, son mas funestos para nosotros que los *Partos;* y que si ha de perecer la Francia, no será la causa solamente los crímenes de los malvados, sino tambien, y sobre todo, *el mal que han hecho los buenos*.

«Salvadnos, Señor,» dice el Oráculo sagrado.—¿Y por qué? ¿Acaso porque han prevalecido los malos, porque han sido trastornadas las verdades?—No, sino «porque *han flaqueado los buenos*, porque *se han disminuido las verdades* (1).»

(1) Salmo XI, I.

¡Júzguese de la trascendencia del liberalismo, en sus mejores y mas nobles intenciones, por todos los esfuerzos que he tenido que hacer contra él para justificarme de haber instruido un proceso á la Revolucion! El la execra como yo, y al mismo tiempo toma el partido de guardar con ella contemplaciones hasta el punto de disimular ó encubrir su existencia.

Pero en fin, ¿qué es el liberalismo?

El primer peligro que ofrece esta denominacion es el de ser vaga, compleja, y el de poder abrigar toda clase de pretensiones. ¿No se le ha visto en su orígen en Francia, bajo la Restauracion, cubrir la repugnante amalgama del bonapartismo, del orleanismo y del jacobinismo? ¿Cuántos honrados liberales de nuestros dias lo hubieran tomado entonces por injuria?

Sin embargo, hánse aproximado á él poco á poco, primeramente por táctica; despues por composicion, y finalmente por conviccion, y han concluido, bajo el Imperio, por llamarse en voz alta liberales, en oposicion al cesarismo.

¿Es, pues, el liberalismo solamente una visera que se levanta ó se baja segun es el adversario que hay en frente?

Sin embargo, pueden distinguirse dos especies de liberalismo, y aquí es donde espero satisfacer toda pretension legítima, manteniendo no obstante, los derechos y los intereses sagrados de la verdad.

Existe el liberalismo político y el liberalismo dogmático.

El liberalismo político es aquel que tiene por objeto la revindicacion y la defensa de las libertades civiles y

de las libertades públicas necesarias para su ejercicio, contra toda usurpacion ó todo escamotaje, sin perjuicio del órden y por las vias legales y constitucionales del pais.

En este sentido soy liberal, y me daria este nombre si las cosas no hubieran envenenado las palabras en nuestros desgraciados tiempos, y si el mejor de todos los liberalismos no fuese el liberalismo práctico, que no necesita esponerse.

En cuanto al liberalismo dogmático, es otra cosa que el liberalismo político, aunque al fin le haya penetrado. Para valerme de una palabra que se ha aplicado primeramente á éste, pero que se ha estendido de aquí al órden moral y aun al religioso, es el liberalismo de *fusion*.

Ateniéndonos solo á su carácter general, diremos, que se propone la admision de los principíos diversos y frecuentemente opuestos que se disputan en el dia el mundo para tener el derecho comun de manifestarse. Es la libertad para todo y para todos, para el mal, con igual título que para el bien; la libre concurrencia de las opiniones y de las doctrinas, cualesquiera que sean, en la arena de la discusion y de la propaganda, y su libre accion en las inteligencias y en las almas. Es en su consecuencia, la abstencion completa del Estado en el órden doctrinal y moral, y la justificacion del Estado sin Dios.

Ya hemos juzgado este liberalismo en nuestro primer escrito, y no tenemos que volver á tratar de él.

Distinguiremos sin embargo, sobre este particular, lo que puede ser efecto de necesidad y de tolerancia

forzosa, en variable medida, segun las circunstancias, y que se ha llamado la *hipótesis*, de lo que el liberalismo de que hablo quiere erigir en *tésis* y en dogma liberal.

Este dogma liberal es el que hemos tratado de reprobar, en su pretension de querer *reconciliar* la Roca de la verdad con las olas del error que la combaten, mas aun, con el Espíritu de tempestad que las encrespa.

Los allegados honrados de este liberalismo son sus primeras víctimas; porque en la práctica no les ofrece, ni aun para el bien, esa igualdad de ventajas que no tienen derecho de reconocer en el mal, y que él hace degenerar constantemente en favor y en licencia en beneficio de éste. De aquí la situacion falsa y contradictoria en que se encuentran á cada instante entre su honradez y su doctrina, invocando ésta con riesgo de aquella, y viendo á aquella sublevarse contra ésta. Pero no por eso se sostienen menos firmes á pesar de su apego revolucionario.

De aquí tambien su sensibilidad con respecto á la Revolucion; sensibilidad que testifica su alianza, consciente ó no, con ella, no obstante defenderse de la misma, á la manera que esos matrimonios de la mano izquierda que se hacen fuera de ocasion, y que no se atreven á declarar sus contrayentes.

El espíritu revolucionario ha tomado los mas bellos nombres de nuestra lengua, y los ha pervertido al apropiárselos. ¡Liberalidad, generosidad! ¡qué palabras mas bellas! Sí; pero ser liberal y generoso á costa de la verdad y en beneficio del error; á costa del bien y en favor del mal, es serlo á la manera de un necio y en

perjuicio público. Y en todo caso, es serlo falsamente, cualquiera que sea la buena intencion que haya; porque la libertad del mal es mortífera de la verdadera libertad; todo lo que se le concede, propende á opresion, y la liberalidad *política* no tiene mas funesto enemigo que ese liberalismo *dogmático* que es su falsificacion. El *liberalismo* tiene un sonido falso como una moneda de mala ley; la Revolucion lo ha falsificado mezclando á él su liga y acuñándolo con su efigie.

Sépase pues, bien, que al desmonetizarlo, lejos de querer desfavorecer la revindicacion y la defensa de las libertades civiles y políticas, trato por lo contrario, de librarlas de un funesto compromiso. Trato de realzar, en su bella solidaridad, para oponerla á toda tiranía, aquella hermosa divisa de todo corazon verdaderamente libre. ¡Dios y libertad!

Creo haber esplicado bastante mi pensamiento sobre este punto, para volver á entrar y permanecer en mi línea de ataque contra el liberalismo así definido.

Sé que todavía quedan funestas preocupaciones sobre el sistema que hay que seguir, para fundar, entre tantas susceptibilidades y prevenciones, un régimen que satisfaga el verdadero liberalismo, corrigiendo el malo; tanto es lo que se ha infiltrado éste en nuestras costumbres y confundídose con aquel. Este es el falso *espíritu moderno* de que estamos á un tiempo mismo tan enfermos y tan celosos. Pero de esto trataremos más adelante, cuando hablemos de los *medios que hay de salvacion*. No puedo decirlo todo de una vez, y he contraido un compromiso bastante importante para que no se me permita escalonar en él los vencimientos y no

se me conceda algun crédito. Desde luego, y ante todo, salvemos los principios.

VII.

LA POLÍTICA DE LOS PRINCIPIOS ES LA VERDADERA POLÍTICA PRÁCTICA DE ESTE TIEMPO.

Bien sé que esto mismo no es del gusto de todos, lo cual me obliga, al terminar esta parte crítica, á justificar esta apelacion á los principios contra la censura que se me ha dirigido, de propender por la teoría y de no ser bastante práctico.

En efecto, á los ojos de ciertas inteligencias de buena fé, pero que se llaman *políticas*, porque son superficiales, es una falta ver las cosas bajo un punto de vista algo elevado, ó profundizarlas por poco que sea para sondear sus causas. La política al ras de la tierra, ó dia por dia, aun en la situacion mas formidable, es como un matorral en el que se lisonjean con una confianza que no logra conmover decepcion alguna, de hallar la solucion de las cosas, no viendo nada encima ni mas allá, porque meten en él la cabeza. Entonces tachan de quimérico y de especulativo todo lo que escede de esta esfera cuya capacidad les parece contenerlo todo, porque la llenan ellos enteramente.

Esta disposicion seria la señal mas desesperadora de nuestro estado, si el sentimiento público, mejor advertido por el peligro social, no la dominase con sus legítimas inquietudes y no se librara de ella. Esto es, en efecto, considerar como quimérico, aquello sin lo cual nada es posible, á saber: los principios; y considerar como especulativo aquello sin lo cual no podria un enfermo recobrar la práctica de la vida: los remedios. Esto es hacer higiene respecto de un moribundo. Es profesar el *positivismo* y el *nihilismo* políticos.

No hay duda que la política es una ciencia cuyas aplicaciones no pueden ser uniformes, absolutas y rigurosas, y deben prestarse á la movilidad de las situaciones y de los acontecimientos. Pero, á menos de negar que sea precisamente una ciencia y un arte, ha de reconocerse que debe tener principios: y á no pretender que no debe tener en cuenta su propio objeto el hombre y su naturaleza social, ha de reconocerse tambien que estos principios deben referirse á los principios superiores, que son la ley universal y como la gran política de la humanidad.

Aunque nos halláramos en los tiempos en que esta ley universal reinaba en todas las creencias y en las costumbres, sin preocuparse de profesarla espresamente, no tendria que tratar sino de sus aplicaciones diversas respecto del gobierno de los pueblos. Pero en nuestros dias en que, á causa de la falta de toda creencia, ha heredado la política el terrible cargo, no ya tan solo de regir, sino de salvar las sociedades en la pendiente de los abismos, su tarea se eleva y agranda á proporcion de todo el mal público á que debe hacer frente. Debe, pues, realzar y afirmar los principios, tanto mas cuanto se hallan mas derruidos y mas insultados. En tales dias el peligro es quien impera. La ley moral de todos los tiempos es la ley política del nuestro. Antiguamente hablaba solamente la justicia; en la actualidad habla tambien la prudencia. Antiguamente, la conciencia